



La figura grácil y gentilísima de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, reina apasionadamente amada por los españoles, acaba de ser objeto de un gran estudio histórico en que el saber y la crítica rivalizan con el arte de las pincladas, debido al insigne miembro de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia don Agustín González de Amézua, personalidad extraordinaria en el campo de la erudición hispánica del presente siglo.

Lo mismo los temas mayores de la política y la diplomacia que los más leves y risueños de las costumbres, los trajes, las fiestas, espectáculos, joyas, regalos y cacerías, como la psicología de los personajes y en especial de la protagonista, han sido prolija y amorosamente estudiados por Amézua en este trabajo, ya indispensable para el conocimiento de aquella delicada mujer, que primero en vida y después en la Historia ha merecido el envidiable homenaje de ser llamada Isabel de la Paz.

Los altos y magníficos volúmenes de la obra, ricamente ornamentada con la iconografía más completa, honran a su autor y a la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, que la ha editado.

Y al restablecer la verdad en muchos puntos, alumbrando zonas oscuras y descubriendo otras inexploradas, «Isabel de Valois» honra sobre todo a España y al pasado español en uno de sus períodos más gloriosos y denigrados.

Reproducimos algunas páginas de Amézua que revelan el vigor y la belleza de su cuadro.

I

#### DE LA VIDA DE LA REINA

LA estancia en Aranjuez de Doña Isabel y de la Princesa, acompañadas de sus damas respectivas, duró trece días: del 16 al 28 de mayo de aquel año de gracia de 1560. Ingenuamente narrada por la incógnita redactora de su *Diario*, es uno de los más sabrosos episodios de su vida y valiosísimo documento además para reconstruirla y conocerla en este aspecto íntimo que adelanto ahora. No tiene igual ni parecido siquiera en la biografía de otras reinas, ni aun en la misma Doña Isabel: no porque el género de vida que allí hizo y los esparcimientos y solaces de que gozó no volviera a disfrutarlos de nuevo, bien en el mismo Aranjuez, bien en El Pardo o en Valsaín, sino porque de tales otras estancias suyas no se conserva narración tan fiel, circunstanciada e ingenua como de esta singular.

Era Aranjuez una de las residencias preferidas por Don Felipe, obligada en primavera, y a la verdad fundadamente. Todavía no se levantaba en su recinto el palacio que poco después, de 1561 a 1584, construirían, por orden de Felipe II, sus alarifes Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, y por ello, para alojamiento de las personas reales y de su séquito, utilizábase en 1560 una casita o pabellón de caza mandado edificar por Carlos V, donde malamente se cabía; pero, en cambio, la feracidad del terreno, los ardores del sol y la abundancia de las aguas de los dos ríos, Tajo y Jarama, que allí se abrazan, habían hecho ya de aquel sitio, por el testimonio de cuantos lo visitaron, españoles o extranjeros, un verdadero y terrestre paraíso, hasta el punto de que el nombre de Aranjuez pasó a nuestra clásica literatura como antonomástico de frondosidad, verdor y lozanía.

La noche de su llegada (16 de mayo de 1560), la Reina y la Princesa cenaron con

# Isabel de la Paz

## Y LA ESPAÑA DE SU TIEMPO

Don Felipe, cosa, como veremos, poco usual: él en medio de ellas, y en los otros cabos de la mesa, el Príncipe Don Carlos y Don Juan de Austria. Las damas de una y otra hicieronlo juntas, y por cierto muy suculentemente, según refiere nuestra incógnita cronista. Al día siguiente, antes de las ocho, ya estaba en pie y vestida Doña Isabel para dar un paseo por los jardines en compañía de su mayordomo mayor, el buen conde de Alba de Liste. Ya en ellos, salió a su encuentro la Princesa Doña Juana, no menos madrugadora, y juntas ambas y madamisela de Borbón proseguían su recorrido, cuando a esto, por el puentecillo que comunicaba las dos calles de álamos, vieron que venía hacia ellas un hombre, caballero sobre un pollino, que llevaba pasteles de pescado o empanadas, que diríamos hoy. A la cuenta, hubo de picarles el hambre, porque tomaron al buen hombre cuantos pasteles quisieron para hacer con ellos su primer y rústico almuerzo, sirviéndose cada una de sus propias manos para beber el agua de un arroyuelo que discurría frontero. Más lejos encontráronse con una carreta, y a la Reina y a Doña Juana les entró el capricho de subir a ella en compañía del conde y de madamisela de Borbón, llegando todos en tan pintoresco atalaje, a través del bosque, a una granja, en cuyos prados pastaba un gran rebaño de vacas. A Doña Isabel y a Doña Juana, muy divertidas, al parecer, se les antojó también beber leche de aquéllas; pero como no hubiera allí ningún pastor ni tampoco tenían a mano vasija alguna, ordeñáronlas ellas mismas, sirviéndose para el caso... del propio sombrero de la Princesa. No contentas con eso, y como si tan desusado recipiente fuera la más limpia taza de plata de su real vajilla, hicieron además sopas en el mismo sombrero con el pan que llevaban... Un comentario sale al paso de este singular episodio: porque, ¿no es cierto que tan bucólica escena diríase arrancada de cualquiera de las estancias de María Antonieta, dos siglos después, en el pequeño Trianón, cuando las influencias rusonianas llevabanla a ella y a las damas de su Corte a buscar en la Naturaleza rústicos goces y artificiosas imitaciones pastoriles? Pues no pararon en esto las andanzas de nuestras divertidas heroínas; porque, a seguida, y sin mirar a su excelsa condición, horras de todo empacho, a falta de mejor cabalgadura, dice nuestra fiel narradora que montaron en unos asnos que pacían por allí y que de esta guisa llegaron a palacio, donde Don Felipe, que estaba almorzando solo, según costumbre, debió de recibir las, aunque indulgentemente, no sin motivada extrañeza. Verdad es que tal carrera de pollinos no fué la única que hicieron ambas durante su estancia en Aranjuez.

No pierde en gracia y naturalidad otra de las jornadas que Doña Isabel y la Princesa pasaron juntas en aquel lugar deleitoso. Fué el 18 de aquel mismo mes de mayo de 1560. Apenas levantada, salió la Reina en busca de Doña Juana, quien ya la estaba esperando en los jardines. Habían hecho aparejar esta vez las hacaneas, y subió la Reina en una muy pequeña del cardenal de Burgos. Empeñóse, no obstante, doña Isabel en que su cuñada montase a caballo y al estilo francés, esto es, sobre silla con arzones, y no en jamugas, como era la costumbre castellana. Mas poco hábil, sin duda, Doña Juana en el arte equino, o por falta de costumbre, cayóse de la silla, aunque, por fortuna, sin daño para ella. Sin arredrarse en nada por el percance, animosa y decidida, volvió a montar de nuevo, y esta vez tan diestramente, que pudo galopar, tirando además desde la silla con su ballesta a un venado, al cual hirió. El desayuno de ambas fué este día más limpio y común que el del día anterior, y consistió en naranjas dulces, que, al uso castellano, comieron las dos sobre la hierba. Volvieron a palacio para almorzar, donde supo Doña Isabel que el Rey católico había salido de paseo, a caballo, solo, sin acompañamiento alguno.

En la tarde quisieron ver la Isla; mas al pasar la Princesa por un tablón que hacía de puente sobre un arroyuelo, o el madero estaba suelto o ella resbaló al pisarle, porque, perdiendo el equilibrio, cayó al agua. El remojón fué tan completo que tuvo que mudarse totalmente de vestido, y en la tarde un fuerte enfriamiento la hizo guardar cama. La Reina, entretanto, prosiguió su paseo; pero a la noche estuvo en la cámara de Doña Juana, acompañándola cariñosamente.

No siempre van solas a estas excursiones; con frecuencia las acompaña Don Juan de Austria, gran tirador de ballesta, cuya destreza admiran las dos damas, o más asiduamente el Príncipe Don Carlos, cuando le dejan sus habituales fiebres. Gusta sobremanera éste de la compañía de la Reina; pero es tan curioso y amigo de saberlo todo, que no deja de hacer preguntas a sus damas, rasgo de su carácter muy interesante para su extraña psicología.

Los domingos solían oír misa juntas Doña Isabel y Doña Juana en la cámara de ésta. Don Felipe rara vez va con ella, pues suele cumplir el precepto en una ermita vecina a Aranjuez. Solas también, unas veces en el jardín y otras en el terrado, acostumbra a comer las dos; y cuando el Rey católico, rompiendo su práctica habitual, lo hace con ellas, terminado el yantar, las deja invariablemente para dormir una larga siesta, costumbre que conservó toda su vida y confirman en sus *Relaciones* los embajadores venecianos. La Reina y la Princesa aprovechan esta soledad para que en la explanada delante del palacio bailen sus pintorescas danzas cuadrillas de serranas y labradoras de los pueblos circunvecinos, y entre ellas la famosa de espadas, en que son primas y populares las mozas de La Sagra. A veces, para distracción suya, manda Don Felipe también que se corran toros, espectáculo que presencian los tres, llevándose luego el Rey a Doña Isabel para cenar juntos.

Cierta limpia mañana de aquel mes de mayo, un fenómeno solar llenó de asombro y estupor a todos cuantos residían por aquellos días en Aranjuez. Sobre las once de ella acertó a verse alrededor del sol un gran círculo en forma de arco iris y a cada lado de él sendas imágenes rutilantes de extremada blancura, a modo de cruces de Borgoña. Nadie pudo explicarse entonces la causa de aquel prodigio, que no era a la postre sino un simple parhelio, un tanto embellecido por la fantasía de la narradora.

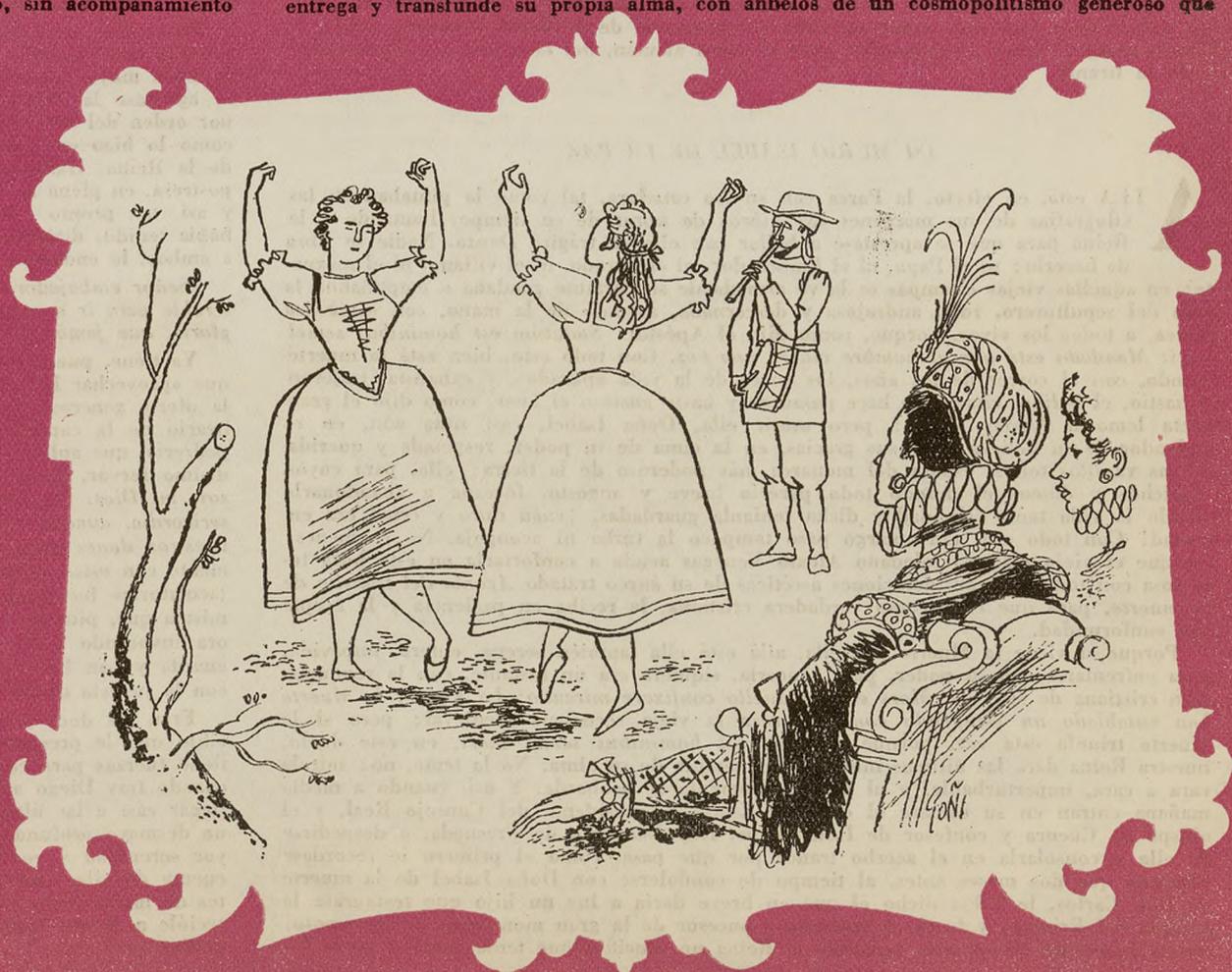
Más nuevos e interesantes para el cabal conocimiento del

verdadero carácter de Don Felipe han de parecerse, sin duda, dos episodios de este *Diario*, que sorprenderán a buen seguro también a cuantos no se le imaginan sino encerrado de por vida en su sombría cámara, cubriendo de enmarañadas apostillas los despachos y memoriales que sus secretarios le presentan. ¿Quién se figura, en efecto, al Rey Prudente muy entretenido y ocupado casi un día entero en la campestre faena del herradero de los potros de su real yeguada? Son cerca de trescientos los que pastan en los cercados de Aranjuez, de todas las razas conocidas, los más de bellísima estampa, a los que se ponen como marca las dos letras *P* y *E*, iniciales de los regios consortes, con sendas coronas encima, mientras ellos presencian los divertidos incidentes propios de esta pastoril ocupación. Y grande debe de ser la pasión que Don Felipe siente por los caballos, cuando otra tarde, acompañado también de Doña Isabel, hace que le traigan delante de la casa algunos potros escogidos de su misma yeguada, a los que él mismo con su mano dará de comer. No puede, ciertamente, negarse que cuando se bucea en la Historia con limpio propósito, buscando tan sólo la verdad, ella nos paga con estos hallazgos, futilidades y nonadas en la apariencia, pero que, bien mirados, no dejan de encerrar singular significación y valor.

## II

### EL REY FELIPE EN EL DRAMA DE SCHILLER

SCHILLER no pudo sustraerse tampoco a aquella tendencia a la abstracción y al simbolismo que, a juicio de los mismos críticos alemanes, ha sido siempre una de las grandes plagas del arte germánico; y así, haciendo caso omiso de la verdad histórica, y sirviéndose de aquellos personajes reales como de puras entelequias y encarnaciones simbólicas de sus teorías filosóficas, convirtiéndolos en declamatorios prototipos de vicios y virtudes, en cuyos labios se ponen las ideas más falsas y anacrónicas, poseídos de una furia precipitada, de un frenesí vesánico, como sombras abstractas que vagasen fatales y alocadas por la escena, carentes de todo realismo, reñidos con aquella verosimilitud de la que nuestros preceptistas clásicos hacían alma y sustentación en toda obra artística, que la da vida perenne: así se explica el fracaso teatral en que cayó su *Don Carlos* el día mismo de su estreno. Porque, para el debido y sereno enjuiciamiento del *Don Carlos* justo es separar al literato del historiador, cuyas respectivas posiciones ante el famoso drama son, a la verdad, en un todo distintas y aun opuestas. El primero, quiéralo o no, por amante que sea de la tradición española, como lo fué Menéndez Pelayo, se verá arrastrado y preso por aquellas notas personales de Schiller que tanto brillaron en todas sus obras, singularmente en las de su edad juvenil, y que nuestro profundo crítico admirablemente condensó en aquellas rápidas y briosas pinceladas suyas, acabado retrato del gran vate alemán: «... entusiasmo, pasión noble, elevación generosa y magnánima, idealismo puro», y por eso la belleza incomparable de su forma, aquella aspiración desinteresada del poeta hacia un mundo mejor, más justo y bueno, su vuelo poético genial en ansias de una quimera que transfigure y purifique por las solas fuerzas de la verdad y del bien a una humanidad doliente y oprimida, su misma arrebatada creación de aquel ensoñador marqués de Poza, a quien entrega y transfunde su propia alma, con anhelos de un cosmopolitismo generoso que



junte a todos los hombres en un abrazo de universal amor, son valores literarios, ciertamente, de la más subida calidad, que atraen y subyugan a cuantos consideren tan sólo a su *Don Carlos* como una obra exclusiva de arte. Mas cuando el historiador cierra sus oídos a estos engañosos encantos y se enfrenta con el drama para analizarlo fría y objetivamente en todo lo que tiene de evocación y pintura de una época que pasó; cuando a la luz de los libros y documentos que auténticamente la retratan toca tantos y tantos dislates como el drama contiene, dislates de todo orden, cronológicos y biográficos, con el falseamiento de los caracteres, su deformación total, aquel absoluto desconocimiento suyo del medio en que coloca la acción, hasta rayar a veces en lo ridículo y pueril; cuando Schiller, altísimo poeta, no desdena de servirse de lo folletinesco y patibulario, atribuyendo imaginarios crímenes a sus personajes, inventando episodios que nunca acacieron, con absoluto menosprecio de la verdad histórica, para lograr así rebuscados efectos escénicos, obra todo de una pasión fogosa interior, venero fecundísimo y admirable, sin duda, para todo ingenio creador, pero vedado en absoluto para quien intente a la vez hacer historia, cabe preguntar: ¿Es lícito a un poeta, por muy grande que sea, falsificar la historia de este modo y corromper la verdad, en universal difamación de una época, de un pueblo y de un monarca? ¿Qué protesta indignada no hubiese levantado la crítica europea si un Lope, un Calderón o cualquiera de nuestros dramaturgos, tomando por sujetos a Francisco I, a Enrique IV o a Luis XIV, no obstante haber sido públicos y escandalosos amantes, les hubieran sacado a las tablas del teatro, cargados de infamias, tiranías y crímenes? Se dirá que en materia literaria, las únicas leyes que imperan son las estéticas; que los poetas gozan de aquella licencia que la voz autorizada de la antigüedad generosamente les concedió; que al vuelo de la fantasía y de la creación no debe ponerse freno, para que así pueda escalar las más altas cimas; pero, con todo eso, también es cierto que, sobre todo artista, por muy genial que sea, pesa una ley moral que le veda causar, conscientemente o por inexcusable ligereza, un daño grave, y ninguno mayor que convertir la pluma en instrumento de calumnia, difamación y escándalo. A nosotros, los españoles, tiene que dolernos muy justamente el desenfadado menosprecio con que Schiller hizo tabla rasa de la verdad histórica, entrando de ligero en uno de los más gloriosos reinados de nuestro Siglo de Oro, que sale de sus manos cubierto de oprobio e ignominia. El daño que con ello hizo al buen nombre y crédito de España en el mundo culto fué inmenso, porque la resonancia que alcanzó su drama, las bellezas literarias que parcialmente contiene, su difusión mundial al traducirse a todas las lenguas cultas, los innumerables estudios críticos que de él se han hecho, fueron, en suma, como una consagración oficial de todas sus calumniosas especies, como un fallo condenatorio de la Edad Moderna contra la España antigua, suma y compendio, para el poeta alemán, del fanatismo, de la crueldad y de la tiranía.

### III

#### ASI MURIO ISABEL DE LA PAZ

**A**LLA está, en efecto, la Parca con su fea catadura, tal como la pintaban en las xilografías de sus márgenes los *Libros de horas* de su tiempo, llamando a la Reina para que se aprestase a bailar con ella su trágica *Danza*. Nadie se libra de hacerlo: ni el Papa, ni el Emperador, ni el letrado, ni el villano, ni el magnate; en aquellas viejas estampas se la ve armada de su cortante guadaña o empuñando la pala del sepulturero, rota, andrajosa y descarnada, asiendo de la mano, con sarcástica mueca, a todos los vivos, porque, como dijo el Apóstol: *Statutum est hominibus semel mori*: *Mandado está que el hombre muera una vez*. Con todo esto, bien está la muerte cuando, con el correr de los años, los goces de la vida apurados, y exhausta, trajeron el hastío, el *tedium vitae*, que hace pasadero y hasta gustoso el finar, como dijo el gran poeta lemosin Ausias March; pero morir ella, Doña Isabel, casi niña aún, en el esplendor de su belleza y de sus gracias, en la cima de su poder, respetada y querida de sus vasallos todos, esposa del monarca más poderoso de la tierra; ella, para cuyos caprichos y deseos el mundo todo parecía breve y angosto, forzada a abandonarlo cuando la vida tanta felicidad y dicha teníanla guardadas, ¡cuán duro y cruel era en verdad! Con todo eso, tan amargo paso tampoco la turba ni acongoja. No es menester que el viejo maestro toledano Alexio Venegas acuda a confortarla en esta hora temerosa con todas las consideraciones ascéticas de su áureo tratado *Agonía del tránsito de la muerte*, para que ella, como verdadera cristiana, la reciba en paciencia y la acepte con conformidad.

Porque si viene la Muerte por ella, allá está ella también serena, entera, impávida, para enfrentarse con su poder, para vencerla, siquiera sea un instante, con la renuncia cristiana de su vida. *Mors et vita duello confixere mirando: La Vida y la Muerte han entablado un estupendo combate*, reza la vieja secuencia medieval; pero si la Muerte triunfa esta vez, porque *statutum est hominibus semel mori*, en este duelo, nuestra Reina dará las últimas muestras del temple de su alma. No la teme, no; mirala cara a cara, imperturbable, y ni por un momento se acobarda. Y así, cuando a media mañana entran en su cámara el cardenal Espinosa, presidente del Consejo Real, y el obispo de Cuenca y confesor de Don Felipe, fray Bernardo de Fresno, a despedirse de ella y consolarla en el acerbo trance por que pasa, como el primero le recordase entonces que dos meses antes, al tiempo de condolerse con Doña Isabel de la muerte de Don Carlos, le había dicho él que en breve daría a luz un hijo que restaurase la pérdida del Príncipe y fuera el heredero y sucesor de la gran monarquía de su esposo, cuenta López de Hoyos que, tomando la Reina un crucifijo que tenía junto a sí, lo le-



vantó animosa, diciendo estas o parecidas palabras: «¡Este es, cardenal, el Príncipe que yo había concebido en mis entrañas; éste es a quien yo esperaba; éste es el Príncipe de España que todos debemos desear, pues todo lo de este siglo es tan inconstante y variable; éste es el verdadero Rey de España, Señor de todo el mundo, refrigerio y consuelo de mi ánima y en quien yo confío me ha de salvar!» Y tras este admirable apóstrofe, no quitándosele de su memoria el recuerdo de sus queridas damas, que dejaba tras ella, impetró asimismo del prelado ayuda y protección para todas. No son menos valientes las palabras con que Doña Isabel contesta a la breve plática que el obispo de Cuenca la hace, exhortándola a que se desprendiera de su reino, perecedero y transitorio, para ir a gozar del eterno y beatífico de los bienaventurados: «Yo voy contenta, por cierto—dijole—, y doy muchas gracias a Dios, que me ha tomado la muerte en buen juicio, para que conozca la merced que El me hace en que muera en su santa fe católica.» Salidos los prelados, después de recibir la Reina su bendición, dispusieron que se hiciese sin demora, y en rogativa de su salud, una procesión solemnisima, la cual partió, en efecto, de la iglesia de Santa María, con los cabildos y cruces de todas las parroquias, cofradías y conventos de la villa, presidida por el mismo cardenal, y a la que se agregó inúmero concurso de caballeros y pueblo madrileño. La nueva de la extrema gravedad de su Reina de la Paz había corrido rápidamente por la Corte, causando en ella vivísima sorpresa e indecible dolor; todos se espantaban de que en tan pocas horas hubiese llegado Doña Isabel a este trance, que parecía no tener ya humana cura.

Tenía Dios guardada para que ella cerrase la cadena de su vida con un broche magnífico, en el que resplandecía por última vez aquel amor tan vivo y constante que siempre había profesado a los suyos, siendo a la vez hermosa protestación de su fe cristiana, que tan honda sintió siempre, y por la que tantas batallas había librado para su defensa, ora con su pluma en sus epístolas familiares, ora con su palabra durante los duelos diplomáticos de Bayona. Cuenta M. Fourquevaux que aquella misma mañana del día de su muerte, y antes de que alborease, vino Don Felipe a verla, y ya al lado de ella, Doña Isabel despidióse de él con sentidísimas palabras, tales como nunca jamás—dice el primero—habían salido de sus labios, rogándole de nuevo encarecidamente que después de su muerte mirase por sus hijas, las Infantas; por la buena amistad con su madre, Catalina, y su hermano Carlos IX, por la paz de Francia y por el porvenir de las damas de su servidumbre, con otras frases—dice el embajador—dignas de admiración, y bastantes para traspasar el corazón de un buen marido como era Don Felipe. Este la prometió que así lo haría, aunque sin creer aún que la enferma se hallase en tan extremo peligro, retirándose luego a su cámara lleno de congoja y de tristeza.

Pocos días antes había llegado a Madrid un gentilhomme francés, M. De Lignerolles, enviado por Catalina como emisario suyo para tratar los asuntos religiosos-políticos, a la sazón muy enconados entre una y otra Corte, y como sobre las cinco de la madrugada se agravase la Reina, anunciando un rápido fin, don Juan Manrique—probablemente por orden del Rey—mandó un aviso a M. De Fourquevaux para que viniera a palacio, como lo hizo en seguida, acompañado de Lignerolles, penetrando ambos en la alcoba de la Reina. Hallábase ésta, como lo estuvo durante todo el curso de su enfermedad postrera, en plena lucidez y con el habla expedita, dándose cuenta perfecta de su estado; y así, tan pronto como vio a Fourquevaux, con quien tantas y tan confiadas pláticas había tenido, dirigiéndose a él, con voz entera y clara, y en su francés idioma, común a ambos, le enderezó estas palabras:

«Señor embajador: Ya vos me veis en camino de dejar muy presto este mundo miserable para ir a otro reino más agradable, donde espero estar cerca de mi Dios en la gloria, que jamás tendrá fin.»

Ya tiene, pues, Doña Isabel arregladas y listas sus cuentas con el mundo; ahora hay que aprovechar los pocos minutos que le restan de la vida para dedicarlos a Dios, con la oferta generosa de su alma. Su confesor, fray Diego de Chaves, ha traído del relicario de la capilla el magnífico *Lignum crucis*, riquísimamente engastado en oro y pedrería, que aplica a los labios, casi fríos ya, de la Reina, la cual, besándolo con grandísimo fervor, decía: «Señor mío Jesu-Cristo, haced misericordia de mi alma; vuestra soy, mi Dios. Vos me criastes y redimistes; miradme, Señor, con vuestros ojos de misericordia, aunque haya sido descuidada en vuestro servicio y no haya granjeado con vuestros dones tanto como debía para que mereciese vuestro santo reino.» Y juntamente con estas plegarias dice López de Hoyos que de sus labios trémulos salían otras jaculatorias fervorosas, ora dirigiendo sus miradas a la Virgen sin mancilla, aquella misma que, pintada en un lienzo por Jorge de la Rúa, tenía a la cabecera de su cama; ora invocando a los santos de su especial devoción: San Francisco, el Ángel de su guarda y San Luis, Rey de Francia, para que le sirvieran de intercesores y patronos con la justicia divina en su agonía y tránsito mortal.

Eran las doce y media del día; sus labios trémulos besan fervorosamente el crucifijo que le presenta fray Diego de Chaves; pero, clara aún su inteligencia, todavía tiene fuerzas para contestar a las jaculatorias con que éste la conforta en su agonía; y cuando fray Diego advierte que la vida se la escapa, pídelo que rece el *Credo*; mas al llegar casi a las últimas palabras de él, profiriendo el dulce nombre de *Jesús*, cae en un desmayo profundo, y tras él, apenas sin estertor ni hacer visaje alguno, «con la mayor serenidad y sosiego que se puede creer», tan dulcemente que nadie pudo darse cuenta de ello, entregó su alma a Dios. Refiere Fourquevaux que unos momentos antes de morir Doña Isabel abrió sus ojos «*clairs et luisants*», y mirándole fijamente, parecióle a él que todavía le hacía con ellos un postrimer encargo que ya sus labios no podían proferir.